

FALSAS APARIENCIAS



Me mira con fingida amabilidad, y lo primero que hace es fijarse en mi reloj: pues va fresco, pienso yo, es uno de esos de 30 euros, pero que va muy bien. Primera decepción, no es Rolex, Hublot, Cartier etc. Continúa de soslayo con su mirada y pone la vista en mis zapatos: son unos náuticos desconocidos en España, que al parecer no tienen la marca adecuada. Por lo que abandona el repaso que me está dando. Si esto es así, debe creer, menos lo será la indumentaria, en la que procuro que nunca haya nombres comerciales. Poco después observa cómo me introduzco en mi coche, y piensa: definitivamente, este no es de los nuestros. Lo del pelo largo pase, pues la elite también lo llevamos un poco así, le dice a su mujer después. Yo sigo mi camino tratando de olvidar al pijo de turno, al bobo que acaban de presentarme. Y me reafirmo en que lo único importante es que dentro de las personas que conociéramos haya alguien que valga la pena.

Detrás de los exhibicionistas de marca, clase social o símbolos, se suelen esconder muchos sinvergüenzas, los más tontos del colegio, y sobre todo los que más fracasos cosechan a lo largo de sus vidas. Si todo lo que nos puede llegar a interesar de los otros son cosas tan superficiales, vamos dados. Lo triste es que el mundo se rige por aspectos como este, mientras los fabricantes de "nubes" se hacen cada vez más ricos.

La mayor parte de las personas que la policía detiene en nuestras costas turísticas, -lo vemos a diario en prensa y televisión- atesoran ingentes cantidades de relojes, joyas, coches caros, y barcos. Así que, en principio, no deberíamos fiarnos de estos estereotipos. Al final sólo demuestran que se tiene dinero, que uno está atrapado hasta las cejas para conseguirlos, o que hay que hacerse delincuente para lograrlos. Tras los barcos de recreo más grandes se han escondido célebres traficantes de armas, de influencias, y de cosas mucho peores; los deberían llevar pintados de rojo. Tras la ostentación hortera solo hay complejos e inseguridades, ganas de exhibirse, o la inútil pretensión de alcanzar lo que no se puede lograr por uno mismo.

Las apariencias elevadas a religión son malos compañeros de viaje de lo auténtico, de la verdad, de la inigual y elegante sencillez que tan pocos poseen. A mí me gustaría que la sociedad española se decidiese de una vez a juzgar a las personas por lo que hay debajo del pelo o tras la ropa, pero sobre todo por sus hechos, por su contribución a la mejora de aquello que concierne a la colectividad. Por lo que fuimos capaces de hacer con esos brazos, a pesar de que uno no lleve en su muñeca el reloj adecuado.

El mundo de la información nos bombardea cada día con sus consignas subliminales amañadas y teledirigidas: compra esto, ponte lo otro, y si no tienes esto o aquello no eres nadie. Tonterías para monos amaestrados. Cada uno debe marcar su propia tendencia. El día que esto suceda, habremos ganado la batalla a la manipulación.

La apariencia que demos debe ser aquello que nosotros pretendamos, nunca una exhibición de etiquetas, a las que, además, se da publicidad gratuita. Compremos en función de nuestro gusto. Hay cosas bonitas que apenas cuestan dinero, y que las despreciamos justamente por eso. Y objetos horribles que valen una barbaridad, sólo porque unos listillos lo dicen. Seamos nosotros mismos, y juzguemos a tenor de ello. Históricamente, y tras las apariencias, siempre se ocultaron los peores mal nacidos.